

## P-1984

Nunca comprenderé la astucia del miedo. Únicamente sé que cuando me siento solo pienso en aquel animal donde se encierran los secretos de la materia. Desde lo alto se aprecian sus tentáculos y sus bolsas de acero de un azul lechoso y enfangado. Cuatro calles lo delimitan y lo encierran entre sus aceras grises. Luego, más allá, el campo con sus yerbas agrestes y los montones de chatarra esparcidos como pequeñas alcuotas de este mundo velado. Veo las paredes deslucidas buscando la verticalidad, sus ventanas, sus chimeneas, sus canalones, sus vigas como nervios desnudos, y desde arriba observo también la inmensa torre estirando el cuello y perdiéndose en el espeso humo de los ácidos. Un celaje informe flota alrededor del edificio que antes fuera estómago de hierros. Una nube clavada en la estaca de la torre de franjas rojas y blancas pero que ahora arrastra diminutas partículas de carbono degenerado. Los pájaros la rodean, juegan con ella, algunos se atreven a entrecruzar sus espesas costuras y desaparecen de pronto del aire para surgir, sucias, al otro lado, manchados de hollín, de vapores condensados, de miseria producida por los días y las noches de trabajo. Es un cielo artificial creado para estar siempre allí, anclado al precipicio de lo posible, como si la voluntad se hubiese convertido en una máscara de la vida.

Bouvar ha ido hoy también al trabajo. Sus pisadas han crujido en el suelo áspero de la fábrica de un lado a otro, buscando una gasa, limpiándose las manos, encendiendo interruptores en los cuadros colgados de las paredes. Bouvard va de aquí para allá en silencio, pensando en las tareas programadas desde lo alto, allá en la oficina donde todo se planifica hasta el más mínimo detalle. Le vemos caminar ajeno al cansancio. Va hacia *ella*. La mira, se detiene, la analiza, y luego estira sus ojillos metálicos y firmes. Bouvar nació con ella y la conoce. Ambos se conocen desde que el tiempo es tiempo. Todos los trabajadores respiraron ya suficiente, piensa. El Comité les dijo, ¡váyanse!, y se fueron de la nave buscando el calor del mediodía. De esto hace ya casi un siglo. Desde entonces el responsable de alimentar a la bestia, de introducir los aceros, de manejar los volantes y de mover las ménsulas es Bouvard, el que nunca descansa.

A las seis de la mañana, cuando aún la noche abriga con su velo, Bouvard abre las puertas de la fábrica de par en par. Los goznes chirrían por el roce entre las placas de acero y por el peso de las puertas, pero Bouvard consigue deslizar primero una y luego la otra, hasta que la luz de las farolas penetra en la nave derramándose por el suelo. Después avanza hacia los interruptores y enciende las luces del techo. Una luz azul se desliza entre los hierros dando la sensación de que el cielo se abre allí dentro. Aparecen poco a poco los perfiles, los juegos de sombras mezclados con el olor al hierro recién cortado. Surgen esquinas desafiantes donde antes solo había silencio. Silencio, espacio,

anchura y miedo. Miedo escondido entre las juntas de los perfiles. Miedo disimulado entre los rincones y rodeado de silencio. Bouvard se dirige hacia la nave principal. Las máquinas permanecen calladas. Todas arrancadas por el alma de algún desconocido. Los tornos y las fresadoras aparecen alineados en el margen derecho, frente a los pasillos acanalados por donde antes viajaron los tochos de acero ardiendo. Ahora el calor de antaño ha desaparecido y los motores silencian su presencia y duermen como niños pequeños. Del techo aún cuelgan las líneas de alta tensión que llevan la corriente hasta los altos hornos. Al fondo se aprecia las siluetas de las lingoteras encargadas de dar forma a lo informe. Y arriba, pendiente del techo, junto a los cables, la escalera agarrada a la pared y asomada al vacío.

Bouvard se abotona el mono de trabajo y se acerca a la última de las fresadoras. Con cierto aire de desprecio conecta la máquina y ésta comienza un lento movimiento de cuchillas que giran y giran comiendo el acero. La máquina gime y tiembla. En cada vuelta de la fresa se desprenden láminas delgadas de acero ardiente que la taladrina se encarga de aplacar rozándola, anegándola en su lecho de frío. Bouvard trabaja despacio, serio, hierático, meditabundo, como si la faena no fuera con él, igual que un autómatas que mueve los miembros con desgana y sin propósito alguno. El silencio apenas se rompe por los chirridos que producen los filos de la fresa sobre la superficie agria del metal. La pieza gira alrededor de su eje, apoyada en el árbol macizo, entregada sin remedio a la tortura del desprendimiento. Alrededor nada. Sólo los matices creados por la luz difusa de las lámparas. Más allá el polvo duerme agazapado entre los raíles del suelo. La cubeta en lo alto, vacía, desnuda, abandonada, esperando la llegada de la grúa que la lleve a vaciar el contenido que hoy no tiene. En el otro margen, cruzando la nave por la mitad, un agujero aparece excavado en el suelo. En él el horno con forma de olla. Hoy lo podemos ver totalmente tapado. En la superficie inclinada del mismo hay tres aberturas por donde los gases salen expulsados. El horno respira, se ahoga, y los gases evaporados escapan de su interior para depositarse en los metales cercanos. En la parte superior, allí donde la cubierta se muestra abombada, la chimenea por donde salen expelidas la mayor parte de las sustancias. De allí viajan por un inmenso tubo de acero hasta la torre. Y por fuera las podemos ver formando inmensas gasas de humo y de tizne.

Todos han abandonado la fábrica. Salvo Bouvard todos los trabajadores han salido por turnos dejando sin vida las máquinas que antes trabajaban afanosamente. Los bancos aparecen vacíos, sucios, ennegrecidos por la grasa y por el carboncillo que a lo largo de los días se ha ido depositando. Ya no hay nadie para limpiarlos. Nadie. Sin embargo Bouvard sigue mecanizando la última de las piezas. Un simple acto de postrera cordura, quizás de insensata estupidez anclada a la esperanza de que aquello no termine. Fuera luce el sol. Pero por el suelo corren las espesas hilachas de niebla engendrada en la torre de la fábrica. La luz del día no llega hasta las puertas de la factoría, viviendo ésta en una continua penumbra que nadie se preocupa de deshacer.

Hace treinta años que comenzó el trabajo en estas naves. Hay varias, pero la última es la de fundición, quizás el corazón fabril, el centro neurálgico donde se retuercen los restos

usados de hierro. La chatarra, acumulada en grandísimas montañas amorfas, es depositada y calcinada en estos hornos del infierno. En ellos se reduce el acero hasta convertirlo en una materia dulce más fácil de trabajar. El nuevo acero sale así deslizándose por unas ruletas que giran día y noche, trasladando sobre sus generatrices los tochos de hierro al rojo vivo. Luego en la nave de al lado, la de laminación, estos tochos son cortados, aplastados, extruidos, hasta convertirlos en perfiles elegantes acordes con la eficiencia en la construcción. Pero eso era antes. Hoy, sin embargo, todo está quieto. Todos han salido hacia sus casas, con los rostros ennegrecidos por el hollín de la fábrica y por la angustia de saber que ya nada permanece. Los hombres se fueron. La fábrica cerró apagando todas las máquinas. Pero Bouvard sigue en la fresadora trabajando con esmero, midiendo la pieza en cada pasada para calibrarla a la milésima. Cuando la termine se irá, piensa. Pero nunca antes.

La muerte se hace presente y huele a cementerio de hierros, a flores superficiales, a tierra recién mojada. Varias personas se acercan caminando. Algunas llevan carteles sostenidos en lo alto, con letras que anuncian la defunción requerida. De momento van en silencio. Guardan sus palabras hasta que llegue el momento. La puerta, abierta de par en par, deja traspasar la sombra azulada del interior de la fábrica y una correa chirría atrozmente allí dentro y el sonido, amortiguado, llega hasta el exterior donde recibe la llegada de los visitantes. Los hombres y mujeres se paran frente a la puerta. Suben las pancartas y comienzan a caminar en círculo, en eternas figuras descompuestas por las muecas serias de sus rostros. Llamam al cierre de la fábrica. La nube se remueve por encima de sus cabezas y la gente respira un aire lleno de tizne que les ahoga el pecho. Pasan los momentos fugaces alrededor de las pancartas y el círculo continúa en movimiento eternamente. La maquinaria ya se ha apagado. Bouvard se aleja de la fresadora con la pieza en la mano. Es un modelo curvo, perfecto, lapeado, de extrañas superficies. Y luego sale a la puerta. Observa a la gente caminar en silencio con la voluntad prendida del último sostén de su alma. Todo se acaba. La fábrica yace sola en medio de la escena y el silencio nace entonces volcando sus miembros. Los demás, ¿qué piensan? ¿Por qué no se marchan todos a sus casas? Bouvard se sienta con las piernas encogidas. Treinta años trabajando, día a día, escuchando el quejido lastimero del acero al desgajarse de la matriz que le dio vida. Treinta años esperando que el dueño saliera de las oficinas para verle la cara, que bajara las escaleras por donde todos miraban para comprobar cómo era el viejo, qué pinta tenía. Ahora el viejo debía bajar, sería el momento, el segundo apetecible. Pero Bouvard allí sentado respira con cierta dificultad. Le vemos desabotonarse la parte superior de su mono de trabajo. Una lámina de plata aparece de pronto y restalla la luz que sale de su pecho. Aprieta algunos sensores y se abren al exterior los pequeños tubos por donde el trabajador respira. Luego espera a que el tiempo pase desnudo, sin rozarle, sin detenerse en su cuerpo de chips y de telas metálicas. A mediodía la gente se ha acumulado formando pequeños racimos que hablan, se detienen, continúan girando, miran al cielo, deshacen las volutas de niebla que les ahoga. La gente no piensa, sólo responde a los instintos humanos de la desesperación, y por eso, como una peonza de dimensiones absurdas, las personas giran y giran en un eviterno devenir donde todo es lo mismo, cansino, monótono,

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

